

¿QUE UNIVERSIDAD PARA QUE PAIS?

Si tuviera que responder en pocas palabras a la pregunta qué le preocupa del presente y futuro de la Universidad venezolana, diría lo siguiente: Me temo que su pasado mate su futuro y que por ello la Universidad venezolana del año 2000 no sea parte de la solución sino del problema nacional.

No es difícil reconocer el papel estratégico de la educación de calidad en un mundo globalizado. Parece evidente que el talento humano bien formado —y no las riquezas naturales ni el abundante número de la fuerza de trabajo no calificada— es la clave para la competitividad, y también para diseñar y llevar a la práctica el indispensable proyecto nacional de desarrollo sostenible con justicia y equidad. Dentro de la educación, las posibilidades de docencia y de investigación que tienen las universidades y toda la educación superior es de importancia estratégica. Ahí tenemos un formidable potencial humano formado con gran esfuerzo en las últimas décadas y con oportunidades privilegiadas de estudios en el exterior.

En 1958, el total de estudiantes de este nivel era de 10.000; hoy llegamos a 600.000 (aproximadamente, 400.000 universitarios y 200.000 de institutos y colegios universitarios), y los docentes e investigadores de este nivel superan los 50.000. Seguramente no todo es de gran calidad, pero sí mucho más de lo que el país cree. La cifra del valor de las instalaciones y de equipos es realmente multimillonario y se cuenta con cuantiosos presupuestos anuales. Esta Universidad, que es la **base** para construir el futuro, es también un gran **lastre** para hacerlo.

¿Qué es lo que nos hace dudar para poner a la Universidad en la columna del **haber** y pensar que tal vez la debiéramos poner en la del **debe**? Lo mismo que hoy desalienta a miles y miles de excelentes universitarios que trabajan bien y con dedicación, aunque con desaliento, en las universidades.

Llevo 10 años dedicado a tiempo más que completo a la Universidad (y antes otros 20 a tiempo parcial), compartiendo preocupaciones e ideas con los colegas vicerrectores y rectores. Ahí, en ese contexto, brota espontáneamente la preocupación de que el futuro de la Universidad venezolana quede atrapado en su pasado. En todas las reuniones del Consejo Nacional de Universidades (CNU) veo y

aprecio grandes cualidades, experiencia y sensatez en los colegas rectores. Sin embargo, las agendas de los rectores me resultan (y creo que también a ellos) tediosas, repetitivas, ineficientes y capaces de paralizar todo su talento y buena voluntad. Las reglas de juego, las rutinas, los compromisos establecidos y las agendas están de tal manera predeterminadas, que un rector de cualidades y buenos criterios poco puede hacer en un período de 3 ó 4 años en esa selva de juego de intereses. No digo que el oficio sea tan desesperante como la tarea del Director Nacional de Prisiones, pero no está lejos.

Por otra parte, no me convence el papel del CNU, y creo que el remedio que se piensa proponer en la nueva Ley de Educación Superior, de crear los Consejos Regionales de Educación Superior, más bien va a empeorar las cosas.

Voy a concretar en tres aspectos lo que a mi juicio amenaza con hacer de la Universidad más parte del problema nacional que de su solución.

UNIVERSIDADES ATADAS A LA POLITQUERIA ELECTORERA

La manera de hacer las elecciones en las universidades oficiales no difiere mucho de las elecciones nacionales que hoy lucen tan desprestigiadas. La práctica electoral universitaria hace que las agendas y la gestión misma del trienio de gobierno nazcan viciadas, no importa cuán elevados sean el talento y la buena voluntad de las autoridades electas. Los que llegan a los cargos, la mayoría de las veces, lo hacen heridos de muerte y atados de pies y manos. Y, aun en los casos excepcionales en que no sea así, desde el día siguiente tendrán que dedicar el 90% de su tiempo y desvelos a mediar en un círculo vicioso y sin salida de reivindicaciones socioeconómicas de profesores, estudiantes y empleados por un lado y, por el otro, las insuficiencias presupuestarias del Estado quebrado.

Pero no vayamos tan pronto al presupuesto y vengamos a las elecciones. Escribo este artículo el 3 de abril, luego de haber escuchado y leído el lamento im-

Luis Ugalde

Las universidades, en todas las carreras, tienen que establecer conexión directa con la realidad
—sobre todo con los sectores más necesitados—
para que de la relación humana nazca el compromiso ético, afectivo y vivencial que lleva a que el desarrollo de su ciencia y de su profesión se aplique al país y sirva a la gente

potente de quienes participaron con cierta esperanza en las recientes elecciones de la UCV. Me refiero, por ejemplo, al artículo, del 2 de abril en El Nacional, de Earle Herrera, a quien no tengo el gusto de conocer más que por sus escritos periodísticos. Puede ser que la depresión de la derrota como candidato a la Secretaría de la UCV le llevara a cargar las tintas, pero algo de cierto debe haber en lo que lamenta... El nos habla en su artículo "Los Estudiantes" de la "campana sucia" y de la "manipulación de mi necesidad de vivienda". Da a entender Earle Herrera que toda la corrupción y maniobras electoreras de parte de los "adultos" le parecían lamentables pero previsibles, pues se trataría de gente que en las décadas pasadas aprendió a subordinar la Universidad a la politiquería extrauniversitaria o intrauniversitaria. Por eso se va a limitar "a algo que nos impactó por venir del sueño y la esperanza: el sector estudiantil".

Nos refiere que un dirigente estudiantil lo llamó para ofrecerle el apoyo de su grupo en la segunda vuelta electoral, pero "hay que negociarlo", pues "la Secretaría maneja los cupos". Al no aceptar la negociación, el joven le habría sentenciado: "Con ese moralismo usted no pasará".

Otro dirigente estudiantil le ofreció negociar, pero no en su cubículo universitario, sino en restaurantes, "porque las negociaciones hay que regarlas". Un profesor le planteó la necesidad de entrar en tratos con el sector del claustro estudiantil vinculado a los encapuchados. Estas y otras cosas por el estilo en los dirigentes estudiantiles revelaban, según Earle Herrera, que la "corrupción tocaba a sus puertas demasiado temprano". "Y algunos dirigentes profesoriales estaban al lado de la oferta: cupos, pasantías, cargos, pasajes, miserias. El sistema electoral se presta para ello. El doble discurso lo alimenta. El asunto es más grave, doloroso y terrible de lo que muchos imaginan".

Es cierto que la mayoría de los profesores, investigadores, empleados y estudiantes es honesta y padece estas cosas,

pero están atrapados en mecanismos fuertemente presentes en las elecciones de la dirección universitaria. El modo electoral condiciona y presiona la gestión y preestablece las agendas de gobierno por todo el período. La autoridad que quiera erradicarlos se puede encontrar totalmente bloqueada.

Creo que las soluciones para las universidades deben venir de dentro, de los mejores universitarios que se deciden a que las agendas universitarias sean verdaderamente universitarias, y para ello hace falta cambiar los muy viciados mecanismos electorales.

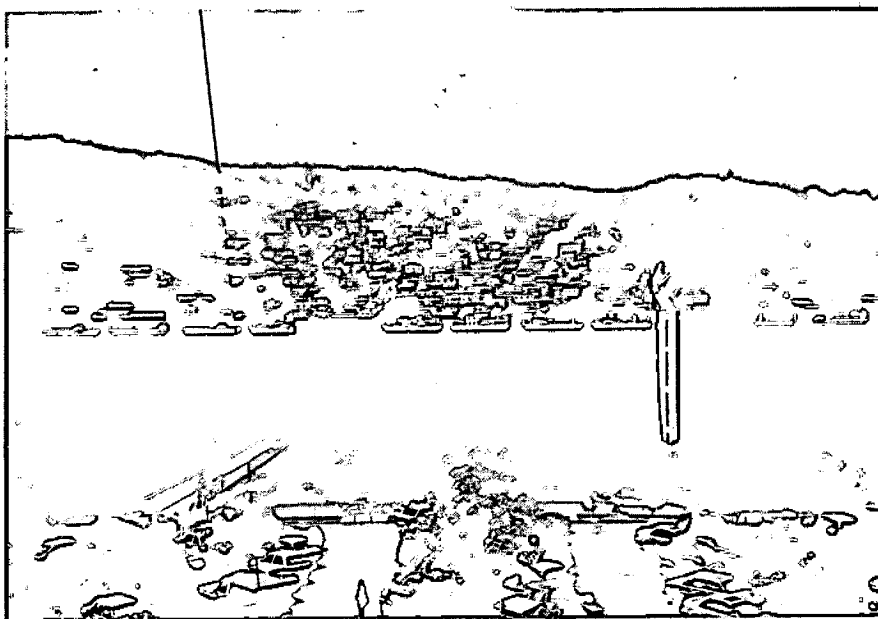
FINANCIAMIENTO DE LA UNIVERSIDAD

También en esto la Universidad del pasado tiende a impedir que nazca la del futuro. La Universidad oficial venezolana es tan hija del Estado petrolero distribuidor como cualquier otra dependencia

estatal. En los sesenta (aunque la idea viene de antes) se estableció que toda la Universidad oficial y todos sus gastos deberían ser íntegramente pagados por el Estado, es decir, por todos los venezolanos y por nadie. Cualquier duda sobre la conveniencia de esta "gratuidad" total se considera como síntoma de tendencia oligárquica, enemiga de la educación popular y aun de la universidad misma.

Hoy, el dogma se mantiene y amenaza con ahogar la Universidad del futuro. Hay dos realidades que hacen muy grave esta dependencia total y exclusiva del presupuesto estatal. El gran déficit presupuestario oficial y la radical injusticia que entraña.

Es sabida la grave insuficiencia del presupuesto estatal y está a la vista el alarmante deterioro de los servicios públicos más básicos, en parte debido a la falta de presupuesto. En términos generales, el 30% del presupuesto público, antes de elaborarlo, ya está destinado irremediablemente al pago de las deudas públicas, y otro 60% está rígidamente comprometido, de manera que con optimismo hay un 10% susceptible de nueva orientación. El elevado déficit fiscal produce estragos inflacionarios en todo el país y tendrá que abordarse de frente con reducción del gasto, si no se quiere que la sociedad se



Hay mucho universitario encerrado en su castillo, con los puentes levantados y defendiendo privilegios adquiridos, sin someterse a ninguna de las formas de medición de productividad y de servicio efectivo a la sociedad

vuelva ingobernable.

Por otra parte, los ingresos del presupuesto ya no constituyen un saco sin fondo proveniente de la indolorosa renta petrolera. Hoy, los ingresos no petroleros del fisco superan con creces a los petroleros, y la contribución de los venezolanos es creciente y viene quitada de otras necesidades urgentes. Por ejemplo, hasta el más pobre va a pagar al comprar su comida o ropa un 16% para que el comedor universitario se mantenga a 2 ó 5 bolívares o para que todos los estudiantes de medicina (la mayoría de familias con ingresos mensuales superiores) reciban una educación íntegramente pagada por la sociedad, sin que nada de esos millones recibidos tenga que ser devuelto.

Este es un caso típico en el que el pasado atrapa al futuro de la Universidad y hace que ésta sea parte del problema y no de la solución.

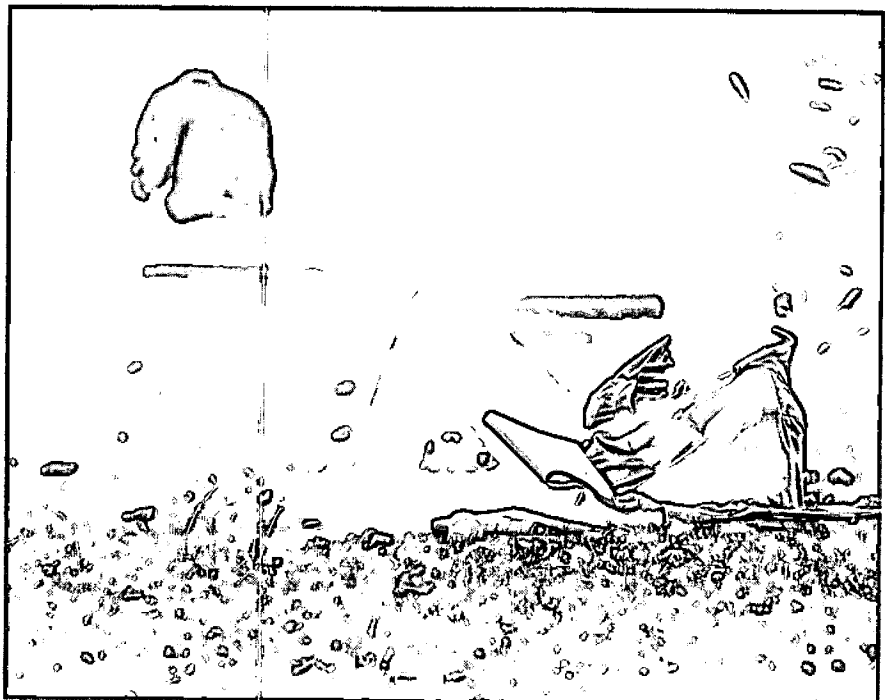
El Estado debe seguir contribuyendo de manera decisiva a los presupuestos universitarios, pero de manera más selectiva y con claras prioridades. A su vez las Universidades **de ninguna manera** deben depender **exclusivamente** del presupuesto oficial, si no quieren suicidarse. Un 15% que proviniera del pago diferenciado de mensualidades por parte de los estudiantes de familias con recursos, traería enormes cambios tanto en el rendimiento estudiantil como en su vigilancia y exigencia de una administración más transparente y eficiente del gasto universitario. Por otra parte el crédito universitario, cancelable con una pequeña cuota de los futuros ingresos profesionales, debe irse convirtiendo en algo normal, así como el fortalecimiento de otras fuentes de ingresos. La sociedad entera debe asumir la Universidad como suya, y esto, cuando es de verdad, se refleja también en la contribución económica. Pero hay algo más grave, y es la manera de elaborar, aprobar y gastar el presupuesto universitario. Con los modos y procedimientos heredados de la Venezuela saudita, combinados con la política clientelar, la Universidad está ya en un proceso grave de desgaste que dura todo el año a cuenta del tema presupuestario y las múltiples

presiones para ello.

Para empezar, si algo necesita la nueva Venezuela es la convicción de que nada es gratuito y que los dineros del presupuesto público son los más sagrados y costosos y, por lo mismo, deben destinarse a necesidades prioritarias y administrarse con transparencia, profesionalidad y verdadero criterio de escasez. La Universidad en esto debe ser ejemplo y escuela para el resto de la sociedad. Pues bien, la práctica de la administración universitaria que se ha heredado es falsa, despilfarradora y desestimuladora de productividad. Los rectores reconocen que la manera de conseguir un buen presupuesto es trampeando los datos: cada uno tiene que abultar el número de estudiantes, de profesores, de investigadores, de empleados... pues es la manera de conseguir más. Si una Universidad introduce sanas prácticas de ahorro y eficiencia administrativa, es conveniente ocultarlas, pues eso, en lugar de recibir premio, se-

ría castigado con reducción de los aportes que le vayan a asignar al año siguiente. Hay experiencias internacionales de funcionamiento de estímulos y premios a la Universidad que introducen avances en el manejo eficiente de su presupuesto. La manera como en el CNU se distribuye la suma total destinada a las 16 universidades oficiales no tiene estos mecanismos.

Hay que premiar la reducción de gastos irracionales e indebidos y la consecución de recursos complementarios de fuentes diversas. De lo contrario, la autoridad universitaria, puesta en el dilema de seguir pidiendo al Estado o remontar la difícil cuesta de reducir y sanear gastos y plantear a la propia universidad que debe aprender a hacer más con menos, que deben eliminarse los miles de estudiantes que no lo son, así como los profesores, investigadores y empleados que cobran sin trabajar, seguirá la obvia tendencia a acudir a lo más fácil y seguir en el callejón sin salida de pedir más a un gobierno arruinado. Lo mismo se diga en lo referente al sistema de jubilaciones, fondo de prestaciones, etc.; todo ello, insostenible e imposible de cumplir en las actuales condiciones.



Una contribución particularmente significativa de la Universidad es su aporte al rescate de todo el sistema educativo. Sería fatal que terminara de tomar cuerpo esa idea de que el presupuesto que necesita la Universidad vendrá de lo que se le niegue a la Educación Básica, y que la manera de fortalecer la Básica es quitándole recursos a la Universidad

Dentro de las dificultades para recorrer con seriedad el camino de la buena administración, aunque haya que afectar intereses, hay una que agrava todo: ¿Por qué el Vice-Rector Administrativo, que debe administrar miles de millones de bolívares, no se escoge por criterios profesionales y con posibilidades de mayor permanencia en el cargo y no por una vía electoral en la que cuenta mucho más la promesa y tradición sindical que la profesionalidad y la condición de buen administrador? Ninguna empresa sería, que quiera evitar la quiebra, entrega un cargo así a un proceso electoral de naturaleza muy poco profesional y muy sometida a las presiones de los gremios y a las ofertas demagógicas que desfavorecen la buena marcha de la institución. En realidad, los rectores electos deberían nombrar no sólo al Vice Rector Administrativo, sino a su gabinete de "ministros" para poder hacer un gobierno coherente. Por supuesto, en el Consejo Universitario habría otros muchos no nombrados, sino electos.

UNIVERSIDAD Y PROYECTO NACIONAL

La recuperación del espíritu, de la moral y del optimismo creativo, no vendrá de una Universidad ensimismada, sino de la sensibilidad y pasión que tenga por hacer ciencia, investigación, docencia y extensión para llegar a producir soluciones para el país. Por otra parte, si Venezuela tiene que apostar a elevar radicalmente su capacidad productivo-organizativa, tiene que apostar a la Universidad y al talento de los ciudadanos en ella. Tiene que desaparecer el tabú mutuo entre universidad y empresa. Estudiamos, enseñamos e investigamos para producir, y producimos para solucionar los mil dolores de la gente en esta nuestra tierra. La relación Universidad-empresa productiva ha de ser un tema central de nuestra agenda de los próximos años. No se pueden negar mutuamente, ni ignorar. Esta nueva relación tiene múltiples facetas, que no vamos a desarrollar ahora. Pero no hay que suponer que esto se va a dar espontáneamente. La Universi-

dad —aquí y en todo el mundo— tiene fuerzas que tienden a mantenerla aislada y que se dedican a defender sus inercias endogámicas. Hay mucho universitario encerrado en su castillo, con los puentes levantados y defendiendo privilegios adquiridos, sin someterse a ninguna de las formas de medición de productividad y de servicio efectivo a la sociedad. Por otra parte, esta autodefensa no pasa de ser una ilusión, pues cada día es más cierto que el profesor universitario cualificado gana menos que un concejal, y la Universidad como un todo no tiene la comprensión y el apoyo de la sociedad que sería de desear. No sólo los encapuchados, sino también tanta mediocridad en la producción de ciencia, investigación y formación de jóvenes, dan justificación a quienes quieren reducir los recursos que la sociedad debe dedicar si quiere tener una buena Universidad.

Necesitamos una Universidad en la que su personal académico y sus estudiantes no se limitan a estudiar el currículum, para pasar y obtener el título, sino que se esfuerzan en comprender a Venezuela y aportar a su nuevo proyecto nacional desde la disciplina específica.

Las universidades, en todas las carreras, tienen que establecer conexión directa con la realidad —sobre todo con los sectores más necesitados— para que de la relación humana nazca el compromiso ético, afectivo y vivencial que lleva a que el desarrollo de su ciencia y de su profesión se aplique al país y sirva a la gente. La devolución del privilegio universitario a la sociedad en forma de servicio cualificado es lo fundamental en la ética universitaria; ética que no puede aceptar tranquilamente su condición de parásito social. Es sabido que, dejados a su pro-

pia inercia, los saberes, poderes y haberes universitarios vienen a reforzar los saberes, poderes y haberes existentes en la sociedad de manera tan escandalosamente asimétrica. Y la Universidad —al menos para quienes la saben aprovechar— es una fábrica de saberes, poderes y haberes. Si se da gratuitamente y en forma preferencial (como lo demuestran las estadísticas, sobre todo en algunas carreras) a los sectores más pudientes de la sociedad, y sin compromiso alguno de parte de éstos, se acumula privilegio sobre privilegio. Además, aun el que viene de los sectores de menores recursos está sometido al plano inclinado social de unir sus saberes, haberes y poderes a quienes ya los tienen. De ahí, la gran necesidad de que la Universidad se inserte en un proyecto nacional que busque soluciones a la actual sociedad, que es cada día más excluyente y con más neo-pobreza.

Lo que no puede hacer la inercia del actual plano inclinado, lo puede hacer una universidad formadora en valores y ética con contacto vivencial y académico con los pobres y con el reto de encontrar caminos de solución. Las pasantías y el voluntariado universitario nos parecen necesarios para que realmente se dé esta formación ética.

Una contribución particularmente significativa de la Universidad es su aporte al rescate de todo el sistema educativo. Sería fatal que terminara de tomar cuerpo esa idea de que el presupuesto que necesita la Universidad vendrá de lo que se le niegue a la Educación Básica, y que la manera de fortalecer la Básica es quitándole recursos a la Universidad. En la Universidad padecemos las consecuencias de una mala educación Familiar, Preescolar, Básica y Diversificada, y no puede mejorarse el nivel superior sin una mejora radical en todo el sistema. Por esta razón, las universidades tienen que hacer suyos los problemas del Sistema Educativo venezolano, de manera mucho más activa que en el pasado, y ofrecer soluciones. □

Luis Ugalde es jesuita, Rector de la Universidad Católica Andrés Bello